



ESPECIAL JÓVENES



Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – N° 15 18 - 01 - 2015

EL MATRIMONIO (4)

El Antiguo Testamento manifiesta una actitud plenamente positiva hacia la sexualidad humana, el amor entre varón y mujer, el matrimonio y la procreación.

En el Cantar de los Cantares se canta y celebra el amor como experiencia de felicidad y plenitud humanas. La diferenciación sexual y la unión sexual del varón y la mujer forman parte del orden de la creación querido y corroborado por Dios. También de la relación entre varón y mujer se dice: «Y **vió que era muy bueno**» (Gn 1, 31).

Tan fundamental es para la Biblia la relación entre hombre y mujer que la introduce en la determinación de la naturaleza del ser humano y hasta en el enunciado de su ser a imagen de Dios: «**Dios creó al ser humano a su imagen y semejanza; varón y mujer los creó**» (Gn 1, 27). La diferenciación sexual forma, por consiguiente, parte de la determinación, en la creación del ser del hombre. No existe el ser humano «**en sí**»; el ser humano existe únicamente como varón o como mujer.

El misterio del varón y la mujer es tan profundo que su mutua alianza se convierte en imagen y semejanza de la alianza de Dios con los hombres, en representación del amor, la fidelidad y la fuerza creadora de Dios. De esta manera se confiere al matrimonio **una dignidad difícilmente superable**.

A pesar de una estima tan alta, ni el Antiguo Testamento ni mucho menos el Nuevo llegan a idolatrar el sexo o el éros tal como ocurría en el entorno religioso contemporáneo de Israel. Por el contrario, esa sacralización y mitificación de lo sexual es percibida por la Biblia como algo típicamente pagano y estrictamente repudiada. En cuanto elementos que han sido originados por Dios, la sexualidad y el matrimonio nunca podrán asumir el rango de última realidad sino solo de penúltima. Al igual que ocurre con el resto de la creación, **no tienen su fundamento ni su meta en sí mismo**.

El ser humano no puede alcanzar su plenitud definitiva en un amor meramente, a dos, «**horizontal**». Así que el matrimonio, con su grandeza y sus limitaciones, es una forma concreta de la esperanza humana **en la salvación y la bienaventuranza**. El matrimonio es, por tanto, en cierta medida, la gramática merced a la cual se expresan el amor y la fidelidad de Dios. Ese pacto de Dios con los hombres halla su realidad y realización definitiva e insuperable **en Jesucristo**. Él es la alianza de Dios con los hombres hecha persona.

La concepción del matrimonio como signo de la alianza de Dios se basa también, en última instancia, **en su comprensión sacramental**. La posición de Jesús acerca del matrimonio queda reflejada de la forma más patente en el texto de Mc 10, 2-9. En él, en el curso de una disputa, Jesús se ve confrontado con la cuestión de si a un esposo le es lícito repudiar a su mujer. Jesús traslada la cuestión a otro plano, refiriéndola a los orígenes, y concluye: «**Lo que Dios ha unido no le es lícito al hombre separarlo**».

La total donación de la persona que se ha de realizar dentro del matrimonio implica una relación a Dios en cuanto fundamento y meta; desde el punto de vista bíblico, cualquier comunidad de cristianos, en nombre de Cristo, hace presente a Cristo y simultáneamente también a la Iglesia (Mt 19,20). «**Os aseguro también que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los Cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.**» De tal manera que eso se puede afirmar también de manera muy particular **acerca de esa comunidad mínima, pero total, en Cristo, que es el matrimonio**.



El vínculo matrimonial posee por sí mismo una dimensión religiosa esencial. **La salvación consiste en que Dios acepta al hombre de manera definitiva, en que le dice sí**. Ciertamente, ese sí alcanza verdaderamente al hombre solo si este acoge el sí de Dios en fe, esperanza y amor, pronuncia a su vez su sí y con ello responde al sí de Dios con un amor de correspondencia. Esa unidad de Dios y el ser humano en el amor es la que se actualiza por medio de un signo **en el amor matrimonial**.

En **Jesucristo**, Dios ha pronunciado de una forma totalmente única, definitiva e insuperable **su sí** al ser humano, al comunicarse plenamente a sí mismo y hacer de la humanidad de **Jesús** su forma de existencia en el mundo. Correlativamente, **Jesús** se abrió totalmente a la realidad de Dios hasta el extremo de su obediencia absoluta, hasta el sacrificio de la cruz convirtiéndose a sí mismo, por su entrega humana, en signo que hace presente el amor de Dios. **Jesucristo** es por ello la alianza personificada de Dios con los hombres. En Él ha asumido Dios, **de una vez por todas**, todo lo humano y, al hacerlo, lo ha confirmado en su dignidad humana. De una manera particular, el amor y la fidelidad matrimonial de los que están «**en Cristo**» por la fe y el bautismo se verán abarcados, sostenidos, purificados y perfeccionados por el amor y la fidelidad de Dios a través de **Jesucristo**, hasta el punto de permitir que su Hijo muera por los hombres para abrirles las puertas del Cielo, por ello es llamado también, **El Salvador**.

El amor y la fidelidad de los cónyuges cristianos son también señal eficaz y manifestación **del amor de Dios aparecido en Jesucristo**.

Cristo ama a la Iglesia, aun como **Iglesia de pecadores**, y como tal la purifica y la santifica, por lo tanto, de la misma manera, los cónyuges habrán de aceptarse mutuamente en todos **los conflictos, deficiencias y culpabilidades** que les vayan saliendo al paso. Ese crecimiento y transformación en el amor les será posible a los cónyuges que confían en el triunfo del amor de Dios, manifestado a través de **Jesucristo**, que supera cualquier infidelidad y desamor de los hombres, como demostró al aceptar la cruz por amor a ellos.

Frente a la desintegración del ser humano que supone el pecado y la caída en la sensualidad, el **sacramento del matrimonio** asume una fuerza sanadora; se pone al servicio de la integración del sexo y del erotismo dentro de un nivel superior de relaciones humanas, sociales y religiosas. Gracias al **sacramento** surge, de manera incipiente, **una nueva creación**. Los cónyuges, por su amor y fidelidad mutuos, quedan introducidos en el amor y la fidelidad de Dios. Por eso la vida en común dentro del matrimonio sirve en última instancia **a la glorificación de Dios**.